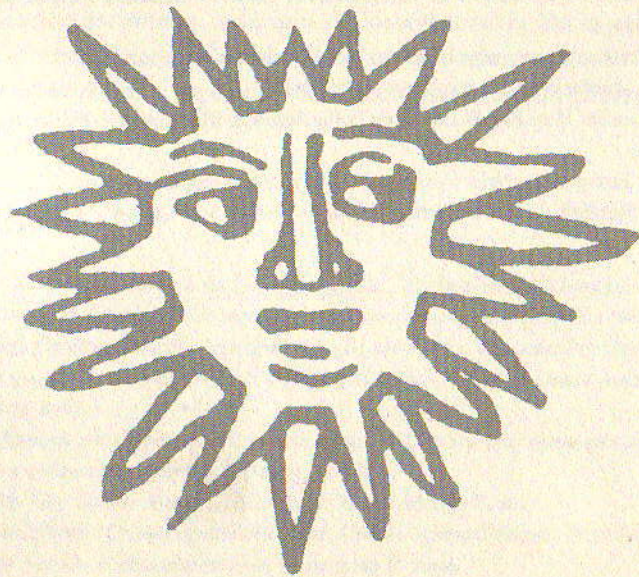


HISPANIC REVIEW

VOLUME 80.1 • WINTER 2012





LA RETÓRICA DE LA ADULACIÓN EN LA
LITERATURA DE LOS ESPAÑOLES EXILIADOS
EN LA REPÚBLICA DOMINICANA: EL CASO
DE ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN

Carmen Cañete Quesada
Florida Atlantic University

RESUMEN Este artículo analiza cinco poemas prácticamente desconocidos, comprendidos en *Flor de sonetos* (1940) y publicados por el escritor español Enrique López Alarcón (¿1881?–1963) durante su breve exilio en la República Dominicana. Pese a su compromiso por el bando republicano en España, el autor rindió homenaje con estos sonetos a la figura del general Rafael L. Trujillo y logró con ello la aprobación del régimen en su nuevo lugar de residencia. La naturaleza de estos versos laudatorios nos ayuda a comprender la política de control que el dictador ejerció no solo entre los ciudadanos dominicanos, sino también entre los extranjeros que arribaron a las costas caribeñas huyendo de las guerras en Europa. La presencia de estos visitantes antifascistas en un país gobernado por una tiranía similar a la de Francisco Franco, Adolf Hitler o Benito Mussolini fue posible gracias al discurso adulatorio que algunos profesaron y que les permitió recibir algún tipo de recompensa económica y moral.

Agradezco enormemente a Mauricio Almonte, Jorge Domingo Cuadriello, Montserrat Prats, y a los lectores y editores de *Hispanic Review* el interés puesto en este ensayo y las sugerencias para mejorarlo. Imprescindible ha sido la ayuda de Óscar Feliz, auxiliar de la sala de referencia del Archivo Histórico de la Nación, y Bruno Rosario Candelier, director de la Real Academia de la Lengua Dominicana, sin los cuales no hubiera sido posible obtener una copia de *Flor de sonetos*, después de una búsqueda exhaustiva en bibliotecas de Estados Unidos y España. También doy las gracias al excelente trabajo realizado por los bibliotecarios de Florida Atlantic University, y en particular Darlene Parrish, Ricardo Pasos y William Howerton. Gracias a todos ellos he podido completar este ensayo.

En sociedades cuyos gobiernos siembran el terror entre la opinión pública, el ejercicio de la adulación se convierte en una práctica casi rutinaria para ocultar cualquier indicio de deslealtad hacia el régimen exhibiendo una falsa simpatía hacia la autoridad. Aunque proclives por lo general a una retórica fácil, de estilo cursi y almidonado, estos panegíricos orales y escritos pretenden seducir a un sujeto con el propósito de obtener su gracia, aprobación o perdón. El mayor cometido de esta economía del agrado es, sin lugar a dudas, alimentar el ego de un superior para facilitar la confianza entre este y su adulator. Es precisamente el efecto que causa este oficio de envanecimiento lo que hace que la relación de poderes sea bidireccional, ya que también el tirano precisa del estímulo de sus inferiores para alimentar su arrogancia e intensificar su poder. Mientras con sus lisonjas el adulator profesa transparencia y lealtad al régimen, el adulado fortalece su imagen como líder de un pueblo que lo reclama, y así se observa en la unión el estado de dependencia requerido por ambas partes.

En la Grecia antigua, el acto de adular o complacer en exceso era considerado un vicio generalizado de la sociedad para acceder fácilmente a los favores de sus superiores. En el breve escrito satírico “De la adulación”, incluido en *Caracteres*, el filósofo Teofrasto describía la adulación como “indecente conducta o comunicación de que se vale el adulator para su utilidad” (288). El mismo juicio utilizó Plutarco para denunciar dicha práctica en “Cómo distinguir a un adulator de un amigo”. Pero en ciertas sociedades modernas se observa un escenario más complejo, ya que por lo general los roles tienden a subvertirse. El adulator no es percibido como un ser villano y oportunista, sino como una víctima del sistema opresor obligada a satisfacer los deseos de la autoridad. Y el adulado no es ya un ser inocente susceptible al engaño, sino un abusador que impone a sus súbditos el obligado ejercicio de la lisonja. Un claro ejemplo de este juego de trasposición de roles se presenta en el régimen militar del general Rafael L. Trujillo (1891–1961). Si bien durante los treinta años de su presencia en el poder existieron casos incontables de alabanza con el propósito de adquirir fama y poder, la mayoría de estas prácticas se hicieron bajo presión y sin otro objetivo que desviar la atención de quienes velaban por la seguridad del Estado. Así lo muestra el interesante estudio *La vida cotidiana dominicana a través del Archivo Particular del Generalísimo* (1986). En él, el historiador Bernardo Vega explica la maquinaria de control trujillista destinada a eliminar cualquier signo de resistencia por mínimo o insospechado que este fuera. En la documentación allí presentada figura una jerga muy particular para describir las operaciones

llevadas a cabo por Trujillo y sus acólitos: que un lugar estuviera “limpio”, por ejemplo, significaba que ya no quedaban en él enemigos del régimen; “perdersé” era sinónimo de morir asesinado; y el “indiferente” era quien no mostraba oposición alguna al régimen, aunque tampoco profesara la requerida simpatía hacia el Jefe (13).

Entre estos y otros eufemismos llama la atención el uso de “desafecto”, que adquiere una carga semántica muy particular en el contexto dominicano. En la definición primera de algunos diccionarios se advierte el carácter no combativo del sujeto al que califica, aunque el término denota su falta de afecto o estima, su desvío o incluso su indiferencia hacia alguien o algo.¹ En este sentido habría de entenderse el término tal y como aparece en los archivos del Benefactor, y no tanto con la segunda acepción, que remite a la idea de “contrario” u “opuesto” sin especificar la razón del rechazo. De hecho, la carencia de todo gesto afectivo —sin necesidad de que hubiera confrontación— fue precisamente lo que llevó a que el término “desafecto”, al igual que “indiferente”, pasara a convertirse en equivalente de “enemigo” (13). Esto explica que entre los sospechosos de Trujillo no solo figuraran personas que conspiraban contra el régimen —a los que Vega llama en otro estudio “desafectos activos” (*Unos desafectos* 9)—, sino también aquellos que no frecuentaban el culto al tirano.

Esto también explica que las fórmulas de cortesía fueran un requisito obligado tanto en actos públicos como en noticias de prensa, títulos y documentos oficiales, e incluso en cartas personales y reuniones entre compañeros de trabajo, amigos y familiares. Pasar por alto este protocolo suponía un acto tácito de rebeldía que podía pagarse con el aislamiento, la cárcel, el exilio o la muerte (9). Existían además mecanismos sofisticados de vigilancia que alteraban diariamente la tranquilidad del ciudadano, cuya conducta quedaba supervisada de forma escrupulosa tanto en espacios públicos como en la intimidad. Con uno de ellos, la conocida sección del periódico *El Caribe* titulada “Foro Público”, el gobierno sometía a los dominicanos al control más riguroso. En esa sección se publicaban cartas que cualquier lector del

1. “Que no siente afecto o que muestra indiferencia hacia algo”, 2. “Contrario u opuesto a algo, especialmente a un régimen político” (*Clave*); “Que no muestra estima por una cosa o muestra hacia ella desvío o indiferencia”, 2. “Opuesto, contrario” (*DRAE* 1:689). Sin embargo en el *Diccionario del uso del español* de María Moliner encontramos: 1. “No adicto, o contrario a cierta cosa; particularmente al régimen político imperante: ‘Los desafectos al régimen’”, 2. “Falta de afecto o cariño: ‘El desafecto con que nos trata’” (1: 902).

periódico (en ocasiones anónimo o falso) podía escribir al jefe de redacción acusando a un vecino o conocido cuyo comportamiento había supuestamente trasgredido la política de Estado. Desde la inauguración de esta sección hasta su cierre (de mayo de 1948 a julio de 1961) se editaron un sinnúmero de cartas de acusadores planteando casos impropios. Otras eran de los acusados mismos, que se defendían de las supuestas calumnias y demostraban con un discurso patético y laudatorio su conducta impecable hacia el régimen (Collado 111–12).²

Lo cierto es que no solo los dominicanos hicieron apología del régimen. También hubo exiliados de la Guerra Civil española (1936–1939) que, acogidos en la República de Trujillo, adoptaron una posición completamente antagónica a los ideales que los arrastraron hacia el destierro. Quizás por lo controversial de estos casos, se ha preferido no desempolvar esa literatura servil, que continúa dispersa en archivos, bibliotecas y colecciones privadas. Una de estas piezas en particular, titulada *Flor de sonetos: al Generalísimo Doctor Rafael Trujillo Molina, Benefactor de la Patria* (1940), nos ayuda a identificar los temas y recursos de los que se valieron los españoles para congraciarse con el régimen una vez instalados en la nueva residencia.³ Por alguna razón hasta el momento desconocida, el autor de este breve folleto de apenas trece páginas, Enrique López Alarcón (?1881?–1963),⁴ se vio animado a practicar el ejercicio de la adulación favoreciendo a un gobierno de naturaleza muy similar al de la España franquista. Como mostraré más adelante, resulta del todo desconcertante la fascinación exteriorizada por este dramaturgo extranjero hacia el caudillo dominicano; hecho que nos lleva a preguntarnos cuáles fueron los motivos que lo indujeron a comprometerse con el régimen, qué impacto pudo tener la figura de Trujillo entre la comunidad

2. Sobre el “Foro Público” y el efecto que estas cartas causaron, véase Lipe Collado (que incluye ejemplos de los casos más sonados) y Lauren Derby.

3. Emilio Rodríguez Demorizi registró este título en su *Bibliografía de Trujillo* (1955), y Vicente Llorens le dedica un apartado en sus *Memorias de una emigración* (1975). Estos son los dos únicos referentes que he podido encontrar sobre el trabajo de López Alarcón.

4. Las fuentes bio-bibliográficas que he podido consultar sobre López Alarcón no parecen coincidir. Llorens sitúa el año de su nacimiento en Málaga, en 1881, y su fallecimiento en La Habana, en 1948 (216). César González-Ruano menciona 1891 como fecha de nacimiento (302). Cristóbal Cuevas García es más preciso en la fecha de nacimiento, el 22 de junio de 1881, y asegura que murió en La Habana a los 82 años, es decir, en 1963 (488). Jorge Domingo Cuadriello, quizás la fuente más fidedigna por sus años de dedicación al tema del exilio, coincide con esta última fecha, más específicamente el 28 de noviembre, mientras que sitúa el nacimiento un año antes, aunque con interrogantes, “¿1880?” (*El exilio* 442; 611 n. 26).

de los españoles allí exiliados y bajo qué circunstancias fueron escritos estos versos laudatorios.

Por varias razones la llegada de López Alarcón a Santo Domingo se aleja de lo habitual. En primer lugar, y a diferencia de la mayoría de los españoles allí afincados, se trata de un escritor maduro, de casi sesenta años de edad, cuando zarpa desde el puerto de Burdeos rumbo a Ciudad Trujillo. Este dato es tremendamente significativo, ya que según la política inmigratoria del régimen dominicano, una de las condiciones primordiales para recibir a los exiliados era que fueran de raza blanca y no sobrepasaran los treinta y cinco años de edad en el caso de los hombres y los treinta en el de las mujeres, “para la mejoración racial de nuestra población” (Ortega, Rodríguez y Troncoso 43).⁵ Pero además, dado que los españoles allí afincados eran relativamente jóvenes e inexpertos, muchos de ellos apenas habían descubierto sus dotes vocacionales cuando los sorprendió la guerra, y pocos habían ejercido de lleno su profesión (u otra relacionada con sus estudios o aficiones) antes de su llegada a la República Dominicana. López Alarcón, en cambio, era para la fecha un dramaturgo reconocido, así como periodista, poeta y novelista en España, y había logrado popularidad fuera de su país con un soneto patriótico titulado “Soy español”, incluido en *Constelaciones* (1906), y con la obra de teatro *La tizona* (publicada junto con Ramón de Godoy en 1914).⁶ Entre su legado figura más de una decena de piezas de teatro en verso y prosa (comedias en su mayoría, y a veces en colaboración con otros dramaturgos); interés este que lo llevó a dirigir por un tiempo el Teatro Español de Madrid hasta que le sobrevino el exilio. Cultivó además el verso, la novela y la crónica; tradujo obras de teatro (como *Fígaro, el barbero de Sevilla* del francés Pierre Augustin Caron de Beaumarchais) y escenificó piezas clásicas de Lope de Vega y Benito Pérez Galdós. También ejerció como periodista en Madrid desde los veintidós años y llegó a ser redactor jefe de *La Tribuna* y *El*

5. Otro requisito indispensable era que los inmigrantes fueran agricultores, por tratarse de una ocupación poco solicitada y con el fin de modernizar las técnicas de labranza. Pero según recuerda la exiliada española María Ugarte, la realidad era muy diferente, ya que muchos de los exiliados se pusieron en la categoría de “labriegos” para entrar pese a que “la mayoría de los refugiados venía por lo menos con un oficio: profesores, escritores, médicos, etcétera” (Cañete, “Testimonio” 144). Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos asegura que únicamente un “4% de los censados por Inmigración en 1940 declaró estar capacitado para las labores agrícolas”, mientras que el resto eran “profesionales de cierto nivel de capacitación intelectual y técnica” (158).

6. La bibliografía que he podido rastrear sobre López Alarcón antes del exilio es muy extensa; y dado que se trata de un escritor poco explorado en la actualidad, he incluido algunas de sus obras (las más representativas) en la bibliografía.

Figaro, además de fundar la *Gaceta* y el periódico literario *Gil Blas* (Cuevas García 488–90). Se trataba, pues, de un escritor polifacético, bastante emprendedor y en plena actividad cuando estalló la guerra. Casos como el suyo muestran que la edad o el estatus civil no suponían un impedimento para la aceptación de los exiliados por parte de las autoridades dominicanas, siempre y cuando se tratara de figuras de resonancia que contribuyeran de algún modo a “españolizar” culturalmente el país y a proyectar una imagen de lo dominicano que para nada correspondía a la realidad cotidiana.

Bien fuera por el programa de blanqueamiento impulsado por el gobierno o por las posibles influencias con que el dramaturgo hubiera podido contar desde Francia, lo cierto es que pudo finalmente embarcar rumbo al Caribe junto con centenares de compatriotas españoles. Recién atracado el vapor *Cuba* en el puerto de Santo Domingo en la mañana del 11 de enero de 1940, periodistas y personalidades de gran influencia en el país, como el hermano del dictador, José Arismendy Trujillo, alias “Petán”, reciben a los expatriados de la guerra. Periódicos dominicanos de entonces, como *La Opinión* y *Listín Diario*, dedican sus portadas a describir el evento. Por la prensa local sabemos que en aquel transatlántico llegado de Burdeos se encontraban ingenieros y constructores, arquitectos, abogados y militares españoles; así como poetas y artistas que no quedaron registrados en las recurridas *Memorias* de Vicente Llorens, por lo que es muy posible que abandonaran el país poco después de llegar. En el grupo, por ejemplo, figuraba el pianista y compositor Leo Cardona, quien a los pocos meses de arribar a Santo Domingo, más concretamente en mayo de 1940, logró trasladarse a Cuba para después re-emigrar a otras partes de América (Domingo Cuadriello, *El exilio* 387). El mismo López Alarcón lograría también instalarse en La Habana por esas fechas y comenzaría su actividad pública con una conferencia en la Institución Hispanocubana de Cultura en octubre de 1940 (443).⁷

Tanto *La Opinión* como el *Listín Diario* incluyen en sus respectivas noticias una breve entrevista al célebre autor de *La tizona*. Por ambas sabemos que abandonó España tras la caída de Barcelona y cruzó la frontera para llegar el

7. López Alarcón logró abandonar muy pronto Santo Domingo, ya que el mismo Llorens asegura que no lo trató en su “breve permanencia” en la isla (217). Su exilio en la República Dominicana debió ser tan breve que algunos críticos como Cuevas García ignoran su paso por allí y aseguran que “residió en Cuba desde 1939” (488). Por otro lado, según mis averiguaciones, es posible que hubiera permanecido un tiempo en Panamá antes de afincarse en Cuba, pero ninguna fuente menciona algo al respecto.

2 de febrero de 1939 a Francia, donde declara haber sufrido “muchísimas calamidades” (“520 refugiados” 5). Aunque el periodista de *La Opinión* no entra en detalles, es muy probable que el dramaturgo terminara en un campo de concentración y que, como a tantos otros españoles allí refugiados, se le asignaran trabajos forzados en condiciones infrahumanas; por no mencionar el repudio francés ante la llegada masiva de españoles que no contaban con mayor patrimonio que lo puesto. Todo esto, junto con el peligro inminente de la invasión hitleriana en Francia, empujaría a muchos de los refugiados a huir de ese panorama y, en la medida de lo posible, a instalarse en un país de similares características a España. Visto de esta manera, el exilio hacia un país tropical de clima cálido como la República Dominicana resultaba una solución viable y hasta deseable en muchos aspectos, ya que permitía a los refugiados alejarse del peligro en Europa conservando al mismo tiempo las costumbres y la lengua de su país natal. López Alarcón parecía percatarse de estas ventajas cuando explicaba a los lectores de *Flor de sonetos* el sentido simbólico de su viaje a América. Versa así la introducción a estos sonetos:

Cuando salí de España, ahora hace un año, para no volver más a ella, nunca jamás, portaba conmigo, a pié [sic] sobre la dura escarcha invernal del Pirineo, envejecido, solo y con lo puesto, portaba, digo, las ricas esencias de la sustancia española. Un año perdido en el desierto de las vejaciones, del desamparo y del abandono; mas brilló la antorcha de Occidente que debía guiar a los pastores hacia el Belén simbólico de la Antilla Primada. (s.n.)

El tono dramático y de sufrimiento al borde del martirio se encuentra muy en consonancia con el de las piezas clásicas que el dramaturgo solía dirigir, escenificar y componer en su etapa madrileña. No hay que olvidar que López Alarcón había cultivado el verso tanto en teatro como en una poesía de patriotismo exaltado y con claras resonancias clásicas. Ese estilo hinchado y marcadamente pedante era muy frecuentado por este y otros escritores de la antigua escuela que, desde comienzos del siglo XX, se habían encargado de restaurar el teatro poético; entre ellos, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y Ramón Goy de Silva (Cuevas García 488). No es de extrañar, por tanto, que de la misma manera que este teatro sedujo en su día a un público conservador en su país, esos registros literarios le sirvieran al dramaturgo malagueño para seducir a las autoridades dominicanas.

Parece entonces que el comportamiento servil estaba estrechamente ligado al teatro poético; género este contradictorio y satírico en ocasiones, pero que

se solía identificar con un sector de la población bastante reaccionario.⁸ Con un lenguaje vetusto y altisonante López Alarcón se da a conocer en un país heredero de lo español y cuyo gobierno “noble”, según el dramaturgo, le había devuelto la libertad. Consciente, además, de las prácticas racializantes de la cultura del poder trujillista, refuerza el parentesco biológico entre españoles y dominicanos y celebra la supuesta gloria de la Conquista que facilitó, según él, la consanguinidad entre ambos pueblos. Citas como la siguiente nos hacen poner en duda los supuestos ideales republicanos de este y otros exiliados antifranquistas que menciono más adelante:

Hoy he podido realizar ese gran deseo [el de visitar la República Dominicana], y en ocasión tan noble como la de la disposición de su gobierno de recibirnos, para devolvernos la libertad que por tanto tiempo habíamos perdido; hoy siento dentro de mí, algo que no puedo expresar, algo así como lo que pueda sentir todo ser que se sienta extraviado vagando por el mundo y por fin llega a un sitio donde encuentra [a] sus hermanos, sí, hermanos, porque la sangre que corre por sus venas es la misma mía; la misma de aquellos que quemaron sus naves para no volver atrás, sí, la misma de aquellos que trazaron líneas en la arena señalando el Sur para emprender las gloriosas conquistas, gracias a las cuales hoy me siento en mi casa. (“520 refugiados” 5)

Evidentemente, dado que la prensa dominicana se encontraba al servicio del gobierno, habría que cuestionar la exactitud de estas palabras puestas en boca del huésped español. No obstante, los referentes a los que López Alarcón recurre para identificarse con el país de acogida no difieren de las impresiones de otros artistas que llegaron a las Antillas en circunstancias similares, entre ellos Juan Ramón Jiménez, María Zambrano y Eugenio F. Granell.⁹ Aunque estos partidarios de la España republicana se identificaban a sí mis-

mos como individuos de izquierdas, lo cierto es que al traspasar las fronteras de su país el discurso progresista perdió fuerza y se cargó en ocasiones de argumentos sensibleros y nacionalistas. En el caso de López Alarcón desconocemos por completo la intención y sinceridad de estas palabras, pero lo cierto es que desde su llegada a Santo Domingo mostró un comportamiento impecable de cara a las autoridades dominicanas, consciente quizás de que cualquier paso en falso podría empeorar su condición en el exilio.

No obstante, el entusiasmo inicial de López Alarcón no solo resultaba inusual, sino que contrastaba con la desventajosa situación de los refugiados instalados en el país, que desde noviembre de 1939 habían ido llegando en tres barcos repletos en busca de hogar, trabajo, comida y otras necesidades. Para cuando el *Cuba* atraca en Santo Domingo, el desánimo general era tal que muchos republicanos habían optado por salir del país por cuenta propia en “pequeñas goletas”, con visado en mano y dispuestos a alcanzar las costas de Venezuela, Cuba, Colombia o Panamá (Alfonseca 159).¹⁰ Las alternativas para los españoles eran más bien desesperanzadoras. Los que trabajaban en las colonias agrícolas se vieron afectados por las enfermedades del campo y la falta de higiene. Quienes se aventuraban a buscar mejor suerte en la ciudad se desmoralizaban al no encontrar un trabajo remunerado. Así se encontraba el ambiente en el momento en que López Alarcón llegó a Santo Domingo y notificó con satisfacción a los periodistas su intención de escenificar *La tizona* en honor “al Generalísimo Trujillo, el Benefactor, en homenaje a él y como una demostración de gratitud mía y de mis compañeros por su bondad al hacer posible la llegada de tantos buenos españoles que hoy le bendicen” (“El tercer contingente” 7). No cabe duda de que a pesar del furor de los primeros días, pronto debió darse cuenta de las limitaciones del exilio. Su inexperiencia para el trabajo en la tierra y la saturación de inmigrantes profesionales en la capital lo llevarían a retomar la pluma para abandonar el país de una manera rápida y eficaz. Solo así se explica que a menos de tres meses

8. Los dramaturgos que revolucionaron el teatro en España eran considerados noveles en el momento en que López Alarcón y los de su escuela triunfaban en Madrid. No es hasta finales de los años veinte cuando se pone en movimiento un teatro más experimental o de vanguardia protagonizado por los llamados “novísimos”, con Ramón del Valle-Inclán a la cabeza. Para más información sobre los autores consagrados y noveles del teatro de los años veinte y treinta, véase el estudio de Dru Dougherty y María Francisca Vilches (180–90).

9. Para más información sobre el imaginario utilizado por estos tres artistas exiliados para describir las Antillas, me remito a mi estudio *El exilio español ante los programas de identidad cultural en el Caribe insular (1934–1956)*.

10. Alfonseca describe la situación precaria a la que llegaron los españoles a comienzos de 1940: “podían verse grupos de refugiados desocupados en calles y lugares de la ciudad —como el parque Colón y la Independencia—, o frente al local de la JPE, gestionando ayudas para el sometimiento” (159). También comenta que la mayoría de los 734 refugiados que llegaron poco después en el barco *La Salle*, en febrero de 1940, fueron directamente enviados a las colonias agrícolas; y lo mismo ocurrió con los desembarcos siguientes. Es probable que el mismo López Alarcón hubiera terminado en una de estas colonias, ya que el 13 de enero de 1940, dos días después del desembarco del *Cuba*, *La Opinión* informa que los españoles “han sido despachados para San Pedro de Macoris 70 y para La Vega 204” (“274 refugiados”).

de su llegada, más concretamente el 28 de marzo, aparecieran ya en imprenta los versos laudatorios dedicados al Benefactor incluidos en *Flor de sonetos*.

A través de dos cartas reproducidas en la cubierta trasera se conoce el propósito oficial del folleto. En una de ellas, el Presidente del Consejo Administrativo de Santo Domingo, Virgilio Álvarez Pina, informaba por escrito al recién exiliado sobre las bases de un concurso literario celebrado “con motivo de las próximas fiestas patrias del 27 de Febrero”. La respuesta de López Alarcón fue inmediata: apenas dos semanas después, el 23 de febrero, el dramaturgo envía cinco sonetos dedicados, según la carta, a “los cinco temas poéticos de la Fiesta”. Estos versos, como veremos, rendían culto de principio a fin a la persona de Trujillo y a sus supuestos logros en el poder. Pero para que su respuesta a tan cordial invitación no fuese interpretada como un acto vanidoso, López Alarcón presenta sus palabras como las de un humilde servidor extranjero desmerecedor de premios y reconocimientos: “No debía concurrir a Certamen con ellos [los poetas dominicanos] quien no es más que un bardo trashumante, sin suelo y sin bandera, pasajero en el mundo y pupilo en todas partes”. Con el recurrente tópico de la falsa modestia, el poeta evitaba posibles rivalidades, al mismo tiempo que contribuía a la campaña de europeización para el supuesto progreso del país.

Así, haciendo eco del discurso hispanófilo impulsado por el gobierno, la introducción de *Flor de sonetos* describe el país de acogida como el reflejo mismo del antiguo imperio, “el pueblo nuevo, recién nacido, el que es una reencarnación de España . . . española, viva y recia, dura y firme”. El culto a las raíces hispánicas tan aclamado durante el trujillato se repetirá insistentemente en estos cinco sonetos de López Alarcón.¹¹ No cabe duda de que el proceso de adaptación del dramaturgo y de otros exiliados dependía en parte de una unión entre España y sus excolonias idealizada con el paso del tiempo; unión esta, además, que facilitaba la inserción de los exiliados en una nueva sociedad como partícipes de una experiencia antillana de claras resonancias españolas. Pero este intento de López Alarcón de acomodarse en el exilio llevó consigo la promulgación de un discurso nacionalista y discri-

11. Por “trujillato” me refiero no solo a los cuatros mandatos de Trujillo (1930–1934, 1934–1938, 1942–1947 y 1947–1952), sino también a los años en que se encontraban al frente del poder (aunque siempre bajo la tutela de Trujillo) Jacinto B. Peynado (1938–1940), Manuel de Jesús Troncoso de la Concha (1940–1942) y Héctor B. Trujillo a partir de 1952. La llamada “era de Trujillo”, por tanto, abarcó desde agosto de 1930 hasta el asesinato del Benefactor en mayo de 1961. Véase Jesús de Galíndez (25–132).

minatorio muy similar al del gobierno de turno. Para recobrar el reconocimiento como escritor, era necesaria la aquiescencia de los jefes de Estado, y esta requería a su vez de una serie de garantías que aseguraran que los nuevos visitantes simpatizaran abiertamente con la causa de Trujillo. Buscando la aceptación y el afecto de la sociedad dominicana, López Alarcón reclama así la atención de los miembros más influyentes de dicha comunidad: “Hacedme un lado en vuestro lado y . . . entretanto, Caudillo Insigne, Honorables señores, Damas y Caballeros, Damiselas y Galanes . . . Pueblo, ¡Salud!”.

La lectura de este prefacio es suficiente para advertir la naturaleza adulatoria de los sonetos que siguen. El primero, titulado “Rafael Trujillo Molina Benefactor de la Patria”, rinde culto al caudillo mediante dos figuras legendarias, Cristo y Atila, cuyas mejores cualidades se transfieren a la figura del Benefactor. El soneto siguiente, “Los héroes de la tierra dominicana”, celebra el día en que el país se independiza de Haití, el 27 de febrero de 1844; y los tres sonetos restantes enaltecen la obra reformista durante la era trujillista. El poema “El puerto del Ozama, broche del mar y el río” iba dedicado a uno de los proyectos más tempranos y ambiciosos de Trujillo: la restauración del muelle de la capital, que generó un crecimiento económico en el país. Los dos poemas finales, “La leyenda del obelisco de Ciudad Trujillo” y “Luz de poniente, Faro a Colón”, elogian dos obras arquitectónicas. La primera, conocida popularmente como “obelisco macho del malecón”, se construyó para conmemorar el cambio de nombre de la capital y pretendía simbolizar la robustez de la República moderna erigida por Trujillo. Por otro lado, con el deseado monumento Gran Faro Conmemorativo a Cristóbal Colón, se pretendía crear en colaboración con otros países de América “una nueva maravilla del siglo” que rindiera culto a España y a la tradición católica en todo el continente.¹² En suma, estos versos laudatorios pretendían realzar la mejor cara del país, ocultando la política de persecución a la que se veían sometidos quienes vivían bajo este régimen.

De los cinco sonetos, el segundo, dedicado a “Los héroes de la tierra dominicana”, merece especial atención. Resulta curioso que, poco después de su llegada a Cuba a mediados de 1940, López Alarcón compusiera otro soneto bajo el título de “Desterrado español” en el que se repiten casi íntegros los

12. Se calculaba que el Faro tardaría tres años en construirse (“Se iniciarán”). No obstante, dada la magnitud del proyecto, el monumento no pudo completarse hasta 1992, año en que se conmemoró el quinto centenario de la llegada de los españoles a América.

dos cuartetos del soneto anterior, pese a ciertas variantes en la puntuación y en la ortografía, y algunas sustituciones como “hace” por “hizo” y “augusto” por “ilustre” en los versos primero y segundo, respectivamente. En cambio, los dos tercetos del primer soneto fueron modificados para eliminar en la última versión el propósito propagandístico trujillista. Dada la escasa difusión de ambos sonetos, merece la pena reproducirlos y analizar las variantes finales. Reproduzco las dos primeras estrofas:¹³

Hace [hizo] el León [león] español como la Loba
tálamo agosto [ilustre,] que Venus recela,
y el balanceo de la carabela
canta el feliz madrigal de la alcoba.

El calafate las quillas resoba
y el argonauta descubre la vela, [. . .]
mientras a España, la Ibérica [ibérica] abuela,
nietos le nacen color de caoba.

Sin lugar a dudas, López Alarcón supo cómo ganarse la simpatía del Jefe ayudándose de fórmulas antiguas para entonces en desuso. Lo que el escritor nunca hubiera sospechado es que el dramatismo con que en otros tiempos había cautivado al público del teatro le serviría en el exilio para un fin de mayor utilidad que el puro entretenimiento. El estilo arcaico y grandilocuente debió ser del agrado de un militar tan poco avezado en la lectura como Trujillo. Fueron precisamente su falta de sensibilidad en el campo de las letras y su inclinación hacia todo lo que “sonara” como español las que permitieron a López Alarcón reclamar un tratamiento especial a través de esta literatura tremendamente cursi. Esto se observa de manera clara en la posición de superioridad que adopta el recién llegado en los dos cuartetos citados. Símbolos como el león y la loba del primer verso refuerzan la influencia que España ejerció en tierras de América y que, incluso en el presente, forma parte del imaginario americano para visualizar a la legendaria “madre patria”. A la imagen del león, que nos remite a la realeza española, se le sobrepone la loba protectora que vio nacer a la civilización romana. Según estos versos, el maridaje entre Roma y España (“tálamo agosto”)

13. He puesto entre corchetes los cambios que el autor realizó para los dos primeros cuartetos de “Desterrado español”. Este último soneto se publicó por primera vez en la revista *Martí* en 1942, y Domingo Cuadriello y Roger González lo reprodujeron en *Sentido de la derrota* (50).

ofrece su fruto en esa especie de luna de miel que resultó el viaje exploratorio a las Indias Occidentales. Allí, loba y león imponen su cultura engendrando el fruto biológico de los hijos de América, que “nacieron color de caoba”. Con la referencia al color de este árbol autóctono, el poeta no pasa por alto el cruzamiento de razas y culturas que trajo consigo la Conquista. Pero lejos de abordar el mestizaje como un fenómeno complejo y de variantes múltiples, se limita a celebrar la unión sanguínea supuestamente virtuosa entre pueblos opresores y oprimidos.

Así, en su interpretación de la historia del continente, López Alarcón se centra en una unión de tipo sexual y biológico y coloca a Occidente en el centro mismo de la cuna de América. No cabe duda que los temas que aparecen en este poema mantienen una estrecha relación. La primacía de lo español en la descripción de las colonias del Caribe fue una tendencia común en otros muchos escritores del exilio. Tras su llegada, los españoles articularon esta continuidad racializante recordando a los lectores americanos la importancia de la herencia española y legitimando así su presencia en el exilio. Nótese en los versos de arriba el intento de reconstruir la historia de los pueblos antillanos a partir de un imaginario europeizante que oculta y silencia los verdaderos orígenes de estas islas y sus culturas. Si se tiene en cuenta la condición de exiliado de López Alarcón, estos versos reflejan además el deseo de borrar de una forma muy trivial la tragedia histórica del escenario colonial de aires similares a su Málaga natal. Analicemos ahora el cambio producido en los dos últimos tercetos de los dos sonetos:

“Los héroes de la tierra
dominicana” (1940)

Si Don Alonso de Ojeda le acecha,
tiene Caonabo en la mano la flecha
que ha de clavarse en el disco del
Sol.
¡Casta de Mella y estirpe de
Duarte . . .
trompas de oro vendrán a
nombrarte
Loba Latina y León Español!

“Desterrado español” (1942)

Si Cuba libre nos da su leyenda,
clava el pendón y levanta tu tienda.
¿Dónde encontrar, como hallamos
aquí,
yunque y martillo, tambor y trofeo?
¿Dónde el machete de Antonio
Maceo?
¿Dónde la estrofa y la fe de Martí?

En las estrofas de 1940 López Alarcón recuerda al conquistador español Alonso de Ojeda y a los próceres dominicanos Juan Pablo Duarte y Díez y

Matías Ramón Mella, figuras que simbolizaban para él el vigor de una misma estirpe. Lo interesante de estos versos es que la “Loba Latina” (entiéndase como romana) y el “León Español” formaban en el imaginario del poeta partes integrantes de la identidad dominicana. Siguiendo esta lógica, los adversarios de los “héroes” retratados en estos dos tercetos (es decir, el indígena para el expedicionario español y el haitiano para los libertadores dominicanos) se encontrarían del lado de los enemigos usurpadores de la libertad de la nación. Esta arbitrariedad en el proceso de inclusión y exclusión de lo que significaba ser “dominicano” cumplía un doble propósito. Por un lado, los códigos de identificación entre lo español y lo dominicano respondían a los esfuerzos de la cultura del Estado por desvincular el país de las raíces indígenas y africanas. Dicha unión, además, permitía que los refugiados pudieran sentirse con más facilidad miembros de una comunidad celebradora de su propia lengua, religión y costumbres.

Los dos tercetos de “Desterrado español” son más difíciles de interpretar. Lo que en ellos se propone resulta en cierto modo anacrónico, ya que responde a un espíritu libertario muy en consonancia con la causa antiimperialista de Cuba a finales del siglo XIX. Pero ese tono exaltado resulta también profético, en tanto que preludia el triunfo revolucionario con la subida de Fidel Castro al poder. La “Cuba libre” que el poeta admira viene reforzada con un lenguaje militar (“pendón”, “tienda”, “machete”) y con la mención de Antonio Maceo y José Martí, héroes ambos que la Revolución rescató como referentes más inmediatos de la historia de Cuba. Se podría pensar que la isla, ejemplo de perseverancia (“yunque y martillo”) y de triunfo guerrero (“tambor y trofeo”), inspirara al exiliado para emprender una revolución similar en la España del caudillo y en otras dictaduras de igual envergadura (¿incluida la de Trujillo?). Teniendo en cuenta además la fecha en que se publica “Desterrado español”, estos versos podrían interpretarse como un grito de libertad contra la presidencia de Fulgencio Batista en su primera administración, de 1940 a 1944. Sin embargo, esta posibilidad queda en parte invalidada, ya que a finales de los años cincuenta López Alarcón apoyó la dictadura militar que este mismo líder implantó tras el golpe de Estado en 1952.¹⁴

14. Según Domingo Cuadriello, López Alarcón participó a finales de los años cincuenta en un diario dirigido por Alberto Salas Amaro llamado *¡Ataja!* (1952–1958), que hacía campaña en favor de Batista. El exiliado se hizo cargo en dicho diario de dos secciones tituladas “Altavoz” y “Política al vuelo”, en las cuales solía rendir pleitesía al director de la revista colaborando también en el apoyo a la dictadura (*El exilio* 443).

Este dato nos obliga a dar un vuelco al sentido de los versos 11 y 12 —“¿Dónde encontrar, como hallamos aquí, / yunque y martillo, tambor y trofeo?”—, ya que podría tratarse de un canto en defensa del gobierno de turno siguiendo el modelo del soneto anterior dedicado al Benefactor. Pero si este fuera el caso, no se explica la participación de López Alarcón en organizaciones progresistas frecuentadas por exiliados comunistas y anarquistas, como el Centro Federalista Español, el Centro de Divulgación Social y Fraternidad Española en el Exilio (Domingo Cuadriello, *El exilio* 59, 61, 283). Por contradictorio que resulte, en el exilio el dramaturgo alternó su apoyo a gobernantes como Trujillo o Batista con la lucha contra el franquismo en España, como si se tratara de mundos y circunstancias incomparables. Esta posición aparentemente ilógica se observa en muchos otros españoles resignados a complacer a las autoridades dominicanas, bien a través de una firma o escrito públicos, o bien dedicándoles su labor en cualquier gremio, oficio o actividad. De hecho, hubo casos de españoles que entraron en el juego de la adulación para acceder a cargos públicos o simplemente para conservar su puesto o evitar posibles “malentendidos”. En otros casos se trataba de un requerimiento necesario para sobrepasar la censura.

Por ejemplo, los editores de *Democracia* (1942–1945), periódico publicado por republicanos exiliados, estrenaban su primer número con la requerida foto del Benefactor y una nota apologética de agradecimiento al Jefe.¹⁵ Aunque mucho más reticente a colaborar, la revista *La Poesía Sorprendida* (1943–1947), en cuya dirección se encontraba el exiliado Granell, también cedió con el obligado saludo cuando la necesidad así lo requirió. Granell mismo, tras la primera visita del escritor surrealista André Breton a Santo Domingo en 1941, puso en boca del activista francés las obligadas fórmulas de cortesía en el periódico *La Nación* (22).¹⁶ También Llorens, en uno de sus viajes a Cuba,

15. La foto y la breve nota se situaron a la izquierda de la portada del primer número, publicado el sábado 31 de enero de 1941. Reproduzco la nota íntegra: “El generalísimo Doctor RAFAEL TRUJILLO MOLINA, de ascendencia hispana, cuya obra un poco más de una década de actuación como forjador de un pueblo y propulsor de su civilización y progreso, le sitúa en lugar destacado entre los estadistas de América. Los españoles republicanos que, después de tres años de lucha puramente ideológica, se vieron perseguidos y arrojados de su patria, le expresan por este medio su admiración y simpatía, así como hacen público testimonio de su gratitud por la hidalga acogida que en todo momento han encontrado en la República Dominicana” (1).

16. La entrevista, claro está, fue traducida y probablemente modificada por Granell para evitarle problemas a Breton. Pero pasados cinco años, a finales de 1946, Granell se negó a colaborar con Trujillo y huyó del país hacia Guatemala, según él mismo explica: “Me echó Trujillo, en el marco de una persecución que desató contra los intelectuales, porque me negué a firmar un escrito,

se vio comprometido a elogiar la República de Trujillo en un medio marcadamente conservador como el *Diario de la Marina*.¹⁷ Los caricaturistas Luis Víctor García (alias "Ximpa") y José Campa, por su parte, honraron la figura del Jefe en su *Álbum homenaje al generalísimo doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina* (1943).¹⁸ Los casos varían según la personalidad y las circunstancias de cada exiliado, pero lo cierto es que en mayor o menor medida muchos de los que residieron en la República Dominicana (sobre todo quienes se incorporaron a la vida pública en la capital) hicieron uso de la adulación como antídoto para evitar el "pecado de omisión" generado por el silencio.

Otras reacciones y opiniones de españoles en tierras dominicanas resultan más difíciles de comprender, hecho que nos hace pensar en un móvil más allá de la necesidad vital o el simple juego adulatorio. Así, el escritor Pedro Salinas, tras su paso por el país en la primavera de 1944, aseguró en una carta privada a su amigo Jorge Guillén haberse sentido seducido por el ambiente sencillo, alegre y limpio de Ciudad Trujillo (333). Baltasar Miró utilizó en su libro *Cartones de la frontera* (1945) un discurso radical en favor de la campaña de dominicanización contra los haitianos. Segundo Serrano Poncela llegó a entonar un himno al nazismo mientras pronunciaba una conferencia en el Ateneo Dominicano (Llorens 264). Manuel Valdeperes frecuentó el servilismo no tanto bajo presión del gobierno sino por satisfacción personal y simpatía hacia el régimen (Gardiner 69–70).¹⁹ A diferencia de otros casos, estas actitudes afines a la causa trujillista no respondían a una urgencia suprema de supervivencia, pero tampoco se trataba de un mero gesto de complacencia a la ideología del régimen. En estos españoles se percibe una cierta fascinación por la obra y figura del Benefactor que los hace participar de su doctrina y retractarse de su posible identidad como individuos de

izquierda. Pero lo interesante de estos casos, al igual que lo que ocurrió con López Alarcón, es que estos españoles nunca perdieron de vista la lucha anti-franquista que los ayudaría a mantener la esperanza del regreso.

La incongruencia de estas actitudes, así como el uso y abuso de la retórica adulatoria, nos obliga a profundizar un poco más en el posicionamiento ideológico tanto del dramaturgo español como de otros compatriotas suyos partidarios de las fuerzas republicanas. Ya he señalado con anterioridad que el pensamiento progresista de un gran número de estos intelectuales perdió consistencia tras su contacto con la América de habla española. Quizás la necesidad de acelerar el proceso de adaptación en el exilio no facilitó la proliferación de un pensamiento solidario como el que encarnó la Segunda República (1931–1936) en favor de los desposeídos. De hecho, la iniciativa revolucionaria quedó en muchos casos sofocada por el resurgimiento de un discurso hegemónico con el que estos españoles apartados de sus hogares reclamaban un espacio en las antiguas colonias. Pero si seguimos los pasos de López de Alarcón desde sus comienzos en el mundo del teatro, su caso resulta aún más contradictorio. Mientras escritores jóvenes como Federico García Lorca o Rafael Alberti irrumpían en los años veinte con un teatro popular de denuncia, la antigua escuela de dramaturgos, representada sobre todo por Eduardo Marquina y José María Pemán, se declaró abiertamente partidaria de la monarquía y enemiga de los principios libertarios (Peral Vega 355). Entre ese grupo practicante de un teatro de clara expresión monárquica, católica y nacionalista se encontraba el propio López Alarcón.

El triunfo de la Segunda República no puso fin a la resistencia de estos dramaturgos "de capa y espada", sino que pasaron a convertirse en los portavoces de la derecha española en los escenarios. Así lo muestra la pieza teatral de Marquina *Teresa de Jesús* (1932), cargada de una crítica abierta a los cambios radicales propuestos por el nuevo gobierno en lo concerniente a la religión y los regionalismos (Peral Vega 355). Sin embargo, más allá de lo puramente estilístico, López Alarcón presentó otras alternativas a ese discurso conservador. Así, el 27 de octubre de 1930, estrenaba en el teatro Pavón de Madrid un drama social de alto contenido político bajo el nombre de *Dictadura*. Quizás por tratar un tema polémico, este drama en tres actos obtuvo una amplia recepción entre el público y la crítica durante sus once representaciones. Con él, su autor denunciaba la práctica de la pena de muerte a través de la historia de un hombre que salvaba la vida a su mejor amigo asesinando a un representante del orden público (Dougherty y Vilches 49). El debate anticipó los cambios legislativos producidos dos años después, más concretamente en septiembre de 1932, cuando las Cortes suprimieron la pena

promovido por un paniaguado del régimen, en el que se aseguraba precisamente que el dictador dominicano no perseguía a los intelectuales" (Núñez 12).

17. "Creo —continuó sincero el doctor Llorens—, que no podría encontrarse un refugio más grato y acogedor para el espíritu atribulado por los acontecimientos de Europa que aquel ambiente hospitalario y tranquilo que encontramos los españoles que allí llegamos emigrados" (Robainas 8).

18. La noticia apareció así en *Democracia*: "El Álbum es, además, una síntesis del grado de espiritualidad alcanzado por la República Dominicana bajo la égida del Generalísimo y Dr. Rafael L. Trujillo. . . . En su aspecto político, el álbum tiene aún significación y su relieve es singularísimo, por cuanto viene a ser una demostración de cómo América y el mundo aprecian la fecunda obra regeneradora del Presidente Trujillo" ("Album" 4). Es posible que Llorens no conociera o no recordara esta obra de sus dos compatriotas, ya que no la nombra en sus *Memorias*. Sí, en cambio, queda documentada en el estudio de Danilo de los Santos (137).

19. Me refiero sobre todo al libro de este escritor titulado *Acción y pensamiento de Trujillo* (1955). Llorens tampoco recoge este título en sus *Memorias*, quizás porque para esas fechas se encontraba ya viviendo en Estados Unidos y no estaba ya al tanto de lo que ocurría en Santo Domingo.

de muerte y redujeron la pena de prisión a un máximo de veinte años. Pero además, en 1935 se estrenaba en el Coliseum de Madrid una controversial película titulada *Madrid se divorcia*, cuyo guión estaba basado en una novela de López Alarcón. Según explica José María Caparrós Lera, el objetivo de esta película, así como el de la trama de la novela, era retratar los cambios sociopolíticos del momento ante propuestas constitucionales de gran impacto social, como la Ley del Divorcio aprobada en marzo de 1932 (33–34).

Mucho queda por averiguar sobre este escritor prácticamente desconocido pese a su amplia trayectoria literaria apenas documentada y difícil de localizar. Pero los dos ejemplos de arriba sobre el tipo de teatro que López Alarcón llegó a frecuentar ofrecen razones más que suficientes para que se viera obligado a abandonar España. Sobre todo, una vez instaurado un régimen dictatorial como el de Franco, que hacía eco al de Miguel Primo de Rivera (1923–1930) y que el dramaturgo había denunciado a viva voz en el teatro. Por eso, su gesto oportunista hacia la persona de Trujillo resulta difícil de comprender, por tratarse de un escritor que pese a las fluctuaciones y contradicciones ideológicas se había enfrentado con anterioridad a dictaduras de similar envergadura. La adulación en este caso podría juzgarse fácilmente como un acto vergonzoso (y doloroso también) de traición hacia los principios de justicia y libertad que apoyaba la Segunda República. En ese sentido, los sonetos que se han dado aquí a conocer, ocultos durante setenta años, son un indicio revelador del enorme contrasentido que supuso la presencia de estos huéspedes de Trujillo, perseguidos en el exilio por la sombra del caudillo.

Bibliografía

- “274 refugiados españoles han sido despachados al interior del país.” *La Opinión* 13 enero 1940: s.n.
- “520 refugiados españoles llegaron esta mañana en el trasatlántico ‘Cuba’, procedentes de Burdeos.” *La Opinión* 11 enero 1940: 1+.
- “Álbum homenaje al presidente Trujillo.” *Democracia* 21 agosto 1943: 4.
- Alfonseca Giner de los Ríos, Juan B. “El exilio español en la República Dominicana, 1939–1945.” En *Pan, trabajo y hogar: el exilio republicano español en América Latina*. Coord. Dolores Pla Brugat. Pról. Nicolás Sánchez-Albornoz. México, D.F.: DGE, 2007. 129–215.
- Cañete Quesada, Carmen. “Aspectos sobre raza y nación en dos obras del exilio español en la República Dominicana: *Blanquito* (1943) de Mariano Viñuales y *Medina del Mar Caribe* (1965) de Eduardo Capó Bonnafous.” *Migraciones y Exilios: Cuadernos de la*

- Asociación para el Estudio de los Exilios y Migraciones Ibéricos Contemporáneos* 9 (2008): 31–48.
- . *El exilio español ante los programas de identidad cultural en el Caribe insular (1934–1956)*. Madrid: Iberoamericana, 2011.
- . “Testimonio de la exiliada española María Ugarte.” *Cuadernos Americanos* 127 (2009): 125–44.
- Caparrós Lera, José María. *Arte y política en el cine de la República (1931–1939)*. Barcelona: Siete y Media; U de Barcelona, 1981.
- Clave: *diccionario del uso del español actual*. Pról. Gabriel García Márquez. CD-ROM. Madrid: SM, 1998.
- Collado, Lipe. *El Foro Público en la era de Trujillo: de cómo el chisme fue elevado a la categoría de asunto de Estado*. Santo Domingo: Collado, 2000.
- Cuevas García, Cristóbal, dir. *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia*. Madrid: Castalia, 2002.
- De los Santos, Danilo. *Impulso y desarrollo moderno: 1920–1950*. Vol. 2 de *Memoria de la pintura dominicana*. Santo Domingo: Grupo León Jimenes, 2003.
- Derby, Lauren. “In the Shadow of the State: The Politics of Denunciation and Panegyric during the Trujillo Regime in the Dominican Republic, 1940–1958.” *Hispanic American Historical Review* 83.2 (2003): 295–344.
- Domingo Cuadriello, Jorge. *El exilio republicano español en Cuba*. Pról. Alfonso Guerra. Madrid: Siglo XXI, 2009.
- y Roger González Martell. *Sentido de la derrota (selección de textos de escritores españoles exiliados en Cuba)*. Barcelona: Associació d’Idees-GEXEL, 1998.
- Dougherty, Dru y María Francisca Vilches. *La escena madrileña entre 1926 y 1931: un lustro de transición*. Madrid: Fundamentos, 1997.
- “El Generalísimo Doctor RAFAEL TRUJILLO MOLINA, . . .” *Democracia* 1.1 (1942): 1.
- “El tercer contingente de refugiados españoles, compuesto de 457, llegó ayer abordo del trasatlántico ‘Cuba.’” *Listín Diario* 12 enero 1940: 1, 7.
- Galíndez, Jesús de. *La era de Trujillo: un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*. Santo Domingo: Letra Gráfica, 1999.
- García “Ximpa”, Luis Víctor y José Campa. *Álbum homenaje al generalísimo doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina, benefactor de la patria y presidente de la República, con motivo de su exaltación a la más alta magistratura del Estado*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: Ximpa-Campa, 1943.
- Gardiner, C. Harvey. *La política de inmigración del dictador Trujillo: estudio sobre la creación de una imagen humanitaria*. Santo Domingo: U Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1979.
- González-Ruano, César. *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana*. Barcelona: Gustavo Gili, 1946.
- Granell, Eugenio E. “André Breton nos habla de la actual situación de los artistas franceses.” En *E. Granell*. Ed. Javier Ruiz. Madrid: Fundación Cultural Mapfre Vida, 1989. 21–22.
- Llorens, Vicente. *Memorias de una emigración: Santo Domingo, 1939–1945*. Ed. Manuel Aznar Soler. Sevilla: Renacimiento, 2006.

- López Alarcón, Enrique. "Desterrado español." *Martí* 176 (1942): 14.
- . *Flor de sonetos: al Generalísimo Doctor Rafael Trujillo Molina, Benefactor de la Patria*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: Montalvo, 1940.
- . *Melilla, 1909: diario de la guerra escrito durante las operaciones militares en el Rif*. Madrid: Hijos de R. Álvarez, 1910.
- . *Reflejos del sur*. La Habana: LEX, 1953.
- . "Soy español." En *Constelaciones: poesías*. De López Alarcón. Málaga: Zambrana Hermanos, 1906. 17–18.
- . *Soy español: madrigales y sonetos*. La Habana: Luz-Hilo, 1940.
- y José Ignacio de Alberti. *Fíguro, barbero de Sevilla: comedia en cuatro actos*. Madrid: R. Velasco [impresor], 1913.
- y Ramón de Godoy. *La tizona: drama romántico en cuatro jornadas escrito en verso*. Madrid: Hispano-Alemana Gonzalo de Córdoba, 1914.
- Miró, Baltasar. *Cartones de la frontera*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: La Nación, 1945.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. 2 vols. Madrid: Gredos, 1973.
- Núñez, Antonio. "Encuentro con E. F. Granell." *Ínsula* 484 (1986): 1, 12.
- Ortega Frier, Julio, Emilio Rodríguez Demorizi y Manuel de Js. Troncoso de la Concha. *Capacidad de la República Dominicana para absorber refugiados*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: Montalvo, 1946.
- Peral Vega, Emilio. "De reyes destronados: la figura del rey en el teatro clásico durante la Segunda República." En *El teatro clásico español a través de sus monarcas*. Ed. Luciano García Lorenzo. Madrid: Fundamentos, 2006. 351–77.
- Plutarco. "Cómo distinguir a un adulator de un amigo." En *Cómo sacar provecho de los enemigos*. De Plutarco. Madrid: Siruela, 2006. 57–179.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 21 ed. 2 vols. Madrid: Espasa-Calpe, 1992.
- Robainas, Leandro. "Vicente Llorens, profesor dominicano, nos habla de la influencia de la cultura." *Diario de la Marina* 3 enero 1941: 8.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Bibliografía de Trujillo*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: Impresora Dominicana, 1955.
- Salinas, Pedro, Jorge Guillén y Andrés Soria Olmedo. *Correspondencia (1923–1951)*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- "Se iniciarán los trabajos del Faro hoy empleando la energía atómica." *El Caribe* 14 abril 1948: 8.
- Teofrasto. *Caracteres morales*. En *Obras de los moralistas griegos*. Madrid: Librería de la Viuda Hernando y Cía, 1888. 285–324.
- Valdeperes, Manuel. *Acción y pensamiento de Trujillo*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: Editora del Caribe, 1955.
- Vega, Bernardo. *La vida cotidiana dominicana a través del Archivo Particular del Generalísimo*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1986.
- . *Unos desafectos y otros en desgracia: sufrimientos bajo la dictadura de Trujillo*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1986.



REVIEWS

LOZANO MARCO, MIGUEL ÁNGEL. *Los inicios de la obra literaria de Gabriel Miró: Del vivir*. Alicante: Publicaciones de la U de Alicante, 2010. 163 pp.

Después de su exhaustiva edición de las *Obras completas* de Gabriel Miró (2006–2008), en este libro Miguel Ángel Lozano Marco se ocupa casi exclusiva —y no menos exhaustivamente— de *Del vivir*, la tercera novela del autor alicantino. La bibliografía crítica que ofrece el profesor Lozano Marco evidencia la limitada atención que ha recibido este relato (de hecho, la producción mironiana toda), falencia que se propone subsanar con su trabajo. Una de las razones más acuciantes para estudiar *Del vivir* es que allí se produce la primera aparición de Sigüenza, un personaje emblemático de la narrativa de Miró que cobrará mayor importancia en sus subsiguientes escritos. La relevancia de este relato temprano radica en lo que revela tanto sobre la obra mironiana en sí como sobre la conexión de esta con las letras europeas en general y con la literatura española en particular, especialmente en lo atañedor a la evolución del género novelístico. De hecho, la principal contribución de Lozano Marco estriba en mostrar la trascendencia nacional e internacional de un novelista muchas veces visto como irremediabilmente provinciano.

El cuerpo del estudio se estructura en dos partes. En la primera, titulada "Gabriel Miró en la literatura española", contextualiza la obra mironiana dentro de la tradición española, sin descuidar los vínculos internacionales. "*Del vivir*, primer libro de Sigüenza" es el título de la segunda parte, en la que se analiza la novela de